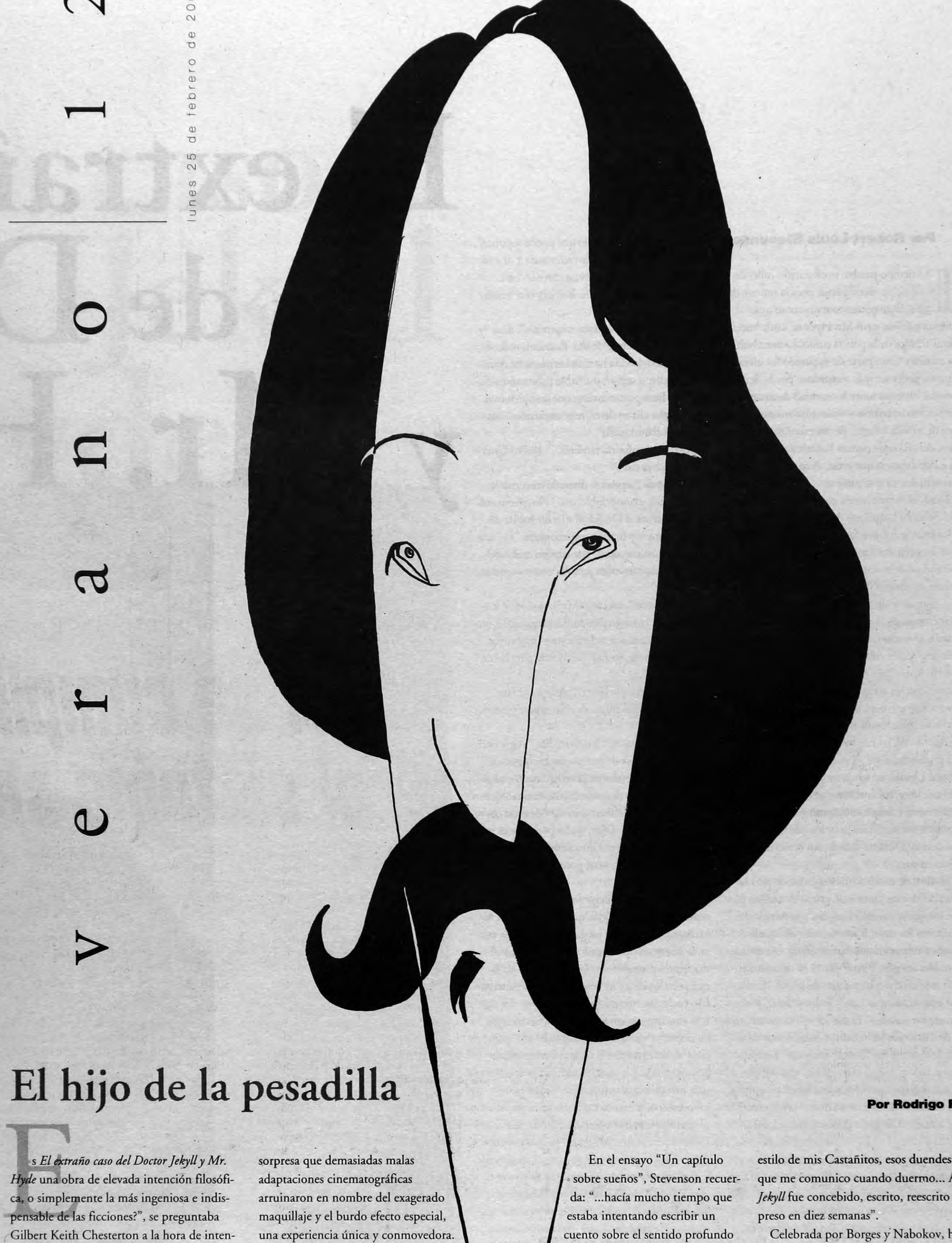
verano 12
lunes 25 de febrero de 2002



El hijo de la pesadilla

Por Rodrigo Fresán

Es *El extraño caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde* una obra de elevada intención filosófica, o simplemente la más ingeniosa e indispensable de las ficciones?", se preguntaba Gilbert Keith Chesterton a la hora de intentar acorralar y definir a esta bestial y elevada *nouvelle* capaz de tratar de tantas cosas al mismo tiempo (comentando a Darwin y anticipando a Freud) sin por eso traicionar su intención original de *thriller* victoriano donde al final víctima y victimario son las mismas personas.

La lectura de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* –transcurrido más de un siglo de su publicación en 1886 cuando Robert Louis Stevenson tenía treinta y cinco años– sigue siendo, más allá del conocimiento de un final sorpresa que demasiadas malas adaptaciones cinematográficas arruinaron en nombre del exagerado maquillaje y el burdo efecto especial, una experiencia única y conmovedora.

Se sabe –es leyenda verdadera– que la idea lo asaltó a Stevenson a partir de un sueño pesado en una cama de la ciudad de Bournemouth, donde el escritor se había instalado siguiendo el consejo de sus médicos.

Al despertar, Stevenson escribió la primera versión en tres días. A su mujer no le gustó y lo arrojó al fuego para volver a escribirlo en otros tres días.

La vida puede no ser sueño pero la literatura suele serlo y está bien que así sea.

En el ensayo "Un capítulo sobre sueños", Stevenson recuerda: "...hacía mucho tiempo que estaba intentando escribir un cuento sobre el sentido profundo del doble ser del hombre... Luego vino una de esas fluctuaciones financieras... Por dos días estuve exprimiéndome el cerebro para dar con alguna suerte de trama; y a la segunda noche soñé la escena de la ventana, y la escena, posteriormente escindida en dos, en la que Hyde, perseguido por algún crimen, bebió la pócima... El resto lo hice despierto y conscientemente, aunque creo que puede rastrearse en mucho de ello es estilo de mis Castañitos, esos duendes con los que me comunico cuando duermo... Así, *Jekyll* fue concebido, escrito, reescrito e impreso en diez semanas".

Celebrada por Borges y Nabokov, historia gótica, detectivesca, científica, ficción sobre la "disolución" del personaje que definiría a buena parte de la literatura del siglo XX, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* –como suele ocurrir con las mejores de nuestras pesadillas– jamás pierde potencia y mejora con cada vez que la invocamos.

En las páginas que siguen, la escena de la ventana con la que todo comenzó y donde el sufrido héroe descubre que ha sido alcanzado por el villano más implacable de todos: él mismo.

El extrañ
de D
y Mr. H

Por Robert Louis Stevenson

El tiempo pasaba; se ofrecieron miles de libras de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fue tomada como una afrenta pública; pero Mr. Hyde se había hurtado al alcance de la policía como si nunca hubiera existido. Gran parte de su pasado fue aireado, que no podía ser más vergonzoso por lo demás: corrían historias sobre la crueldad de aquel individuo, tan insensible y violento al mismo tiempo; de su vida infame, de sus extraños asociados, del odio que parecía haberle acompañado por dondequiera que fuese. Pero de sus andanzas actuales, ni una palabra.

Desde el momento en que abandonó su casa del Soho en la mañana del crimen, Hyde simplemente se había esfumado; y gradualmente, con el correr del tiempo, Mr. Utterson iba recuperándose de su intensa aprehensión y recuperando su antigua tranquilidad interior. A su juicio, la muerte de Sir Danvers había sido más que compensada con la desaparición de Mr. Hyde. Desvanecida ya aquella maligna influencia, una nueva vida comenzaba para el Dr. Jekyll. Abandonó su reclusión, renovó sus relaciones con los amigos, volvió a ser el habitual invitado y anfitrión de sus reuniones; y si antes se había ganado una merecida fama de hombre caritativo, no menor fue la reputación de persona profundamente religiosa que supo adquirir ahora. Llevaba una vida muy activa, disfrutaba del aire libre, hacía el bien; su rostro parecía más franco e iluminado, como si reflejara un reconfortante sentimiento íntimo de utilidad para los demás. Durante más de dos meses el doctor vivió en paz.

El día 8 de enero, Utterson había cenado en casa del doctor junto a un grupo de amigos entre los que se contaba Lanyon; y la mirada del anfitrión iba de uno a otro como en aquellos viejos tiempos en que formaban un trío de inseparables amigos. Pero el día 12, y de nuevo el 14, se le cerraron las puertas de Jekyll: "El doctor está recluido en casa", le dijo Poole, "y no quiere ver a nadie". El día 15 volvió a intentarlo y de nuevo fue rechazado. Y habiéndose habituado durante los últimos dos meses a encontrarse con su amigo casi a diario, este retorno a la soledad pesó como una losa sobre su espíritu. La quinta noche invitó a Guest a cenar con él, y en la sexta se dirigió a casa del doctor Lanyon.

Allí al menos no fue rechazado; pero cuando entró en la casa experimentó una dolorosa sorpresa ante el cambio que el aspecto de su amigo había sufrido. En su rostro podían leerse señales inequívocas de una muerte cercana. Su tez rubicunda se había tornado pálida; había perdido peso; era ahora un hombre visiblemente calvo y envejecido; y sin embargo no fueron estos signos de rápida decadencia física los que más alarmaron al abogado sino la expresión de su mirada y un aire en sus maneras que revelaban un sentimiento de terror en el interior de su mente. No era verosímil que el doctor tuviera miedo a la muerte; no obstante, eso fue lo que Utterson se sintió inclinado a sospechar. "Sí", pensó para sus adentros, "él es médico; conoce su propio estado y sabe que sus días están contados; y ese conocimiento es más de lo que puede soportar". Pero cuando Utterson hizo referencia a su mal aspecto, Lanyon no vaciló en afirmar con la mayor entereza que era un hombre condenado a muerte.

"He recibido una intensa impresión", dijo, "y jamás me recuperaré de ella. Es cuestión de semanas. Bien, la vida ha sido hermosa; he disfrutado de ella; sí, señor; me había habituado a disfrutarla. Pero pienso a veces que si supiéramos todo lo que ella encierra, nos sentiríamos más alegres al abandonarla".

"Jekyll está enfermo también", observó Utterson. "¿Lo has visto?"

El rostro de Lanyon se demudó mientras levantaba una mano temblorosa. "No quiero volver a ver jamás al Dr. Jekyll ni a oír hablar de él", dijo con voz fuerte y entrecortada. "He acabado totalmente con él; y te suplico que suprimas toda alusión a una persona que yo considero muerta."

"¡Qué horror!", exclamó Mr. Utterson; y luego, tras una considerable pausa, preguntó: "¿No puedo hacer nada? Los tres somos muy viejos amigos, Lanyon; no nos queda vida para hacer otros nuevos".

"No hay nada que hacer", replicó Lanyon; "pregúntaselo a él mismo". "No quiere verme", dijo el abogado.

"No me sorprende", fue la réplica. "Algún día, Utterson, después de que yo haya muerto, tal vez llegues a enterarte de la verdad de lo ocurrido. Yo no puedo decírtela. Y mientras tanto, si quieres sentarte y hablar conmigo de otras cosas, por el amor de Dios, hazlo; pero si te es imposible olvidar este maldito asunto, entonces, en nombre de Dios, vete, porque no puedo soportarlo."

Tan pronto como llegó a su casa, Utterson se sentó a escribirle a Jekyll, quejándose de que lo excluyese de su casa y preguntándole por la causa de su lamentable ruptura con Lanyon; y al día siguiente recibió una larga respuesta en la que párrafos de un intenso patetismo se alternaban con otros misteriosamente oscuros. La ruptura con Lanyon era irreversible. "No reniego de nuestro viejo amigo", escribía Jekyll, "pero estoy de acuerdo con él en que nunca más debemos vernos. De aquí en adelante pienso llevar una vida de extrema reclusión; no debes sorprenderte, ni tampoco dudar de mi amistad si mi puerta permanece cerrada incluso para ti. Debes permitir que yo siga mi propio y oscuro camino. He concitado sobre mí un castigo y un peligro que no puedo ni nombrar. Si yo soy el más grande de los pecadores, soy también el que más sufre de todos. No podía imaginar que en esta tierra hubiese lugar para sufrimientos y terrores tan inhumanos, y tú, mi querido Utterson, no puedes hacer más que una cosa para aliviar este destino: respetar mi silencio". Utterson estaba conmovido; la siniestra influencia de Hyde había desaparecido, el doctor había retornado a sus viejas tareas y amistades; hacía una semana todo parecía sonreírle con la promesa de una vejez feliz y honorable; y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, amistades, paz de espíritu y el entero tenor de su vida yacían por los suelos rotos en mil pedazos. Tan grande e imprevisto

Sí, hablaba de desaparición; aquí también, como en aquel loco testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor; aquí también aparecía la idea de una desaparición ligada al nombre de Henry Jekyll. Pero en el testamento, esta idea había surgido bajo la siniestra sugerencia del asesino Hyde; su presencia allí obedecía a un propósito perfectamente claro y horrible.

El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Por Robert Louis Stevenson

El tiempo pasaba; se ofrecieron miles de libras de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fue tomada como una afrenta pública; pero Mr. Hyde se había hurtado al alcance de la policía como si nunca hubiera existido. Gran parte de su pasado fue aireado, que no podía ser más vergonzoso por lo demás: corrían historias sobre la crueldad de aquel individuo, tan insensible y violento al mismo tiempo; de su vida infame, de sus extraños asociados, del odio que parecía haberle acompañado por dondequiera que fuese. Pero de sus andanzas actuales, ni una palabra.

Desde el momento en que abandonó su casa del Soho en la mañana del crimen, Hyde simplemente se había esfumado; y gradualmente, con el correr del tiempo, Mr. Utterson iba recuperándose de su intensa aprehensión y recuperando su antigua tranquilidad interior. A su juicio, la muerte de Sir Danvers había sido más que compensada con la desaparición de Mr. Hyde. Desvanecida ya aquella maligna influencia, una nueva vida comenzaba para el Dr. Jekyll. Abandonó su reclusión, renovó sus relaciones con los amigos, volvió a ser el habitual invitado y anfitrión de sus reuniones; y si antes se había ganado una merecida fama de hombre caritativo, no menor fue la reputación de persona profundamente religiosa que supo adquirir ahora. Llevaba una vida muy activa, disfrutaba del aire libre, hacía el bien; su rostro parecía más franco e iluminado, como si reflejara un reconfortante sentimiento íntimo de utilidad para los demás. Durante más de dos meses el doctor vivió en paz.

El día 8 de enero, Utterson había cenado en casa del doctor junto a un grupo de amigos entre los que se contaba Lanyon; y la mirada del anfitrión iba de uno a otro como en aquellos viejos tiempos en que formaban un trío de inseparables amigos. Pero el día 12, y de nuevo el 14, se le cerraron las puertas de Jekyll: "El doctor está recluido en casa", le dijo Poole, "y no quiere ver a nadie". El día 15 volvió a intentarlo y de nuevo fue rechazado. Y habiéndose habituado durante los últimos dos meses a encontrarse con su amigo casi a diario, este retorno a la soledad pesó como una losa sobre su espíritu. La quinta noche invitó a Guest a cenar con él, y en la sexta se dirigió a casa del doctor Lanyon.

Allí al menos no fue rechazado; pero cuando entró en la casa experimentó una dolorosa sorpresa ante el cambio que el aspecto de su amigo había sufrido. En su rostro podían leerse señales inequívocas de una muerte cercana. Su tez rubicunda se había tornado pálida; había perdido peso; era ahora un hombre visiblemente calvo y envejecido; y sin embargo no fueron estos signos de rápida decadencia física los que más alarmaron al abogado sino la expresión de su mirada y un aire en sus maneras que revelaban un sentimiento de terror en el interior de su mente. No era verosímil que el doctor tuviera miedo a la muerte; no obstante, eso fue lo que Utterson se sintió inclinado a sospechar. "Sí", pensó para sus adentros, "él es médico; conoce su propio estado y sabe que sus días están contados; y ese conocimiento es más de lo que puede soportar". Pero cuando Utterson hizo referencia a su mal aspecto, Lanyon no vaciló en afirmar con la mayor entereza que era un hombre condenado a muerte.

"He recibido una intensa impresión", dijo, "y jamás me recuperaré de ella. Es cuestión de semanas. Bien, la vida ha sido hermosa; he disfrutado de ella; sí, señor; me había habituado a disfrutarla. Pero pienso a veces que si supiéramos todo lo que ella encierra, nos sentiríamos más alegres al abandonarla".

"Jekyll está enfermo también", observó Utterson. "¿Lo has visto?"

El rostro de Lanyon se demudó mientras levantaba una mano temblorosa. "No quiero volver a ver jamás al Dr. Jekyll ni a oír hablar de él", dijo con voz fuerte y entrecortada. "He acabado totalmente con él; y te suplico que suprimas toda alusión a una persona que yo considero muerta."

"¡Qué horror!", exclamó Mr. Utterson; y luego, tras una considerable pausa, preguntó: "¿No puedo hacer nada? Los tres somos muy viejos amigos, Lanyon; no nos queda vida para hacer otros nuevos".

"No hay nada que hacer", replicó Lanyon; "pregúntaselo a él mismo". "No quiere verme", dijo el abogado.

"No me sorprende", fue la réplica. "Algún día, Utterson, después de que yo haya muerto, tal vez llegues a enterarte de la verdad de lo ocurrido. Yo no puedo decírtela. Y mientras tanto, si quieres sentarte y hablar conmigo de otras cosas, por el amor de Dios, hazlo; pero si te es imposible olvidar este maldito asunto, entonces, en nombre de Dios, vete, porque no puedo soportarlo."

Tan pronto como llegó a su casa, Utterson se sentó a escribirle a Jekyll, quejándose de que lo excluyese de su casa y preguntándole por la causa de su lamentable ruptura con Lanyon; y al día siguiente recibió una larga respuesta en la que párrafos de un intenso patetismo se alternaban con otros misteriosamente oscuros. La ruptura con Lanyon era irreversible. "No reniego de nuestro viejo amigo", escribía Jekyll, "pero estoy de acuerdo con él en que nunca más debemos vernos. De aquí en adelante pienso llevar una vida de extrema reclusión; no debes sorprenderte, ni tampoco dudar de mi amistad si mi puerta permanece cerrada incluso para ti. Debes permitir que yo siga mi propio y oscuro camino. He concitado sobre mí un castigo y un peligro que no puedo ni nombrar. Si yo soy el más grande de los pecadores, soy también el que más sufre de todos. No podía imaginar que en esta tierra hubiese lugar para sufrimientos y terrores tan inhumanos, y tú, mi querido Utterson, no puedes hacer más que una cosa para aliviar este destino: respetar mi silencio". Utterson estaba conmovido; la siniestra influencia de Hyde había desaparecido, el doctor había retornado a sus viejas tareas y amistades; hacía una semana todo parecía sonreírle con la promesa de una vejez feliz y honorable; y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, amistades, paz de espíritu y el entero tenor de su vida yacían por los suelos rotos en mil pedazos. Tan grande e imprevisto cambio apuntaba a la locura; pero, a juzgar por las maneras y las palabras de Lanyon, la razón de ese mal debía ser mucho más profunda.

Una semana más tarde el Dr. Lanyon dejaba de levantarse y en algo menos de una quincena había muerto. En la noche que siguió al funeral, a cuya ceremonia había asistido terriblemente afectado, Utterson se encerró con llave en su despacho y sentado a la melancólica luz de una vela sacó de un cajón y puso ante sí un sobre escrito por la mano de su difunto amigo y lacrado con su sello, cuyo mensaje, enfáticamente subrayado, decía: "PRIVADO: para entregar UNICAMENTE en las propias manos de J.G. Utterson, y si éste hubiera fallecido, *para ser quemado sin leer*".

El abogado se estremecía con sólo pensar en el posible contenido. "Hoy he enterrado a un amigo", pensaba: "¿No irá este documento a hacerme perder al otro?". Pero condenado aquel temor como signo de deslealtad, rompió el sello. Dentro de él había otro sobre, igualmente sellado, en el que se leía: "No abrir hasta la muerte o desaparición del Dr. Henry Jekyll". Utterson no daba crédito a sus ojos. Sí, hablaba de desaparición; aquí también, como en aquel loco testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor; aquí también aparecía la idea de una desaparición ligada al nombre de Henry Jekyll. Pero en el testamento, esta idea había surgido bajo la siniestra sugerencia del asesino Hyde; su presencia allí obedecía a un propósito perfectamente claro y horrible. Pero escrita por la mano de Lanyon, ¿qué significado tenía? Una enorme curiosidad estuvo a punto de hacerle desoír la prohibición y penetrar de una vez hasta el fondo de aquellos misterios; mas el honor profesional y el respeto a su amigo muerto eran obligaciones ineludibles; y el paquete fue depositado intacto en el más profundo rincón de su caja fuerte.

Pero una cosa es reprimir la curiosidad y otra muy distinta vencerla; y cabe preguntarse si a partir de aquel día Utterson buscó con el mismo ahínco la compañía de su amigo superviviente. Pensaba en él con cariño; pero también con una mezcla de intranquilidad y temor. Se acercaba ciertamente a visitarlo; pero quizá se sintiese aliviado cuando se le negaba la entrada, tal vez, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en los escalones de la entrada, rodeado por el aire y los sonidos de la ciudad abierta, a ser admitido en aquella casa de voluntaria reclusión y sentarse a hablar con su inescrutable prisionero. Las noticias que Poole tenía que comunicarle no eran tampoco demasiado buenas. Al parecer, ahora más que nunca el doctor vivía confinado en el despacho que tenía encima del laboratorio, donde a veces incluso dormía; estaba muy deprimido, se había vuelto muy callado y apenas leía; daba la impresión de que algo le corroía el alma. Utterson se habituó de tal modo al invariante carácter de estos informes, que acabó disminuyendo, poco a poco, la frecuencia de sus visitas.

Un domingo, cuando Mr. Utterson daba su habitual paseo con Mr. Enfield, la casualidad los empujó a recorrer la calleja; y al llegar frente a la puerta ambos se detuvieron a mirarla.

"Bueno", dijo Enfield, "al menos aquella historia ha tenido un final. Jamás volveremos a ver a Mr. Hyde".

"Espero que no", contestó Utterson, "¿llegué a decirle que una vez me encontré con él y, al igual que usted, experimenté el mismo sentimiento de repulsión?".

"Era imposible verlo y no experimentarlo", replicó Enfield. "Y, a propósito, ¡qué estúpido debí parecerle cuando no supe reconocer esta puerta como la entrada trasera de la casa del Dr. Jekyll! Usted fue en parte el culpable de que lo tuviese que averiguar por mí mismo."

"Así que por fin lo ha averiguado usted", dijo Utterson. "Pues entonces entremos en la plazoleta y echemos un vistazo a las ventanas. Si he de serle sincero, estoy preocupado por el pobre Jekyll; y tengo la sensación de que, incluso desde la calle, la presencia de un amigo podría reportarle un gran alivio."

La plazoleta, muy fría y algo húmeda, comenzaba a sumergirse en un crepúsculo prematuro, aunque por encima de los edificios el lejano cielo estaba aún iluminado por el sol poniente. De las tres ventanas, la del centro estaba entreabierta, y sentado junto a ella, tomando el aire con una expresión de tristeza infinita, al igual que un desconsolado prisionero, vio Utterson al Dr. Jekyll.

"¡Hola! ¡Jekyll!", gritó. "Espero que estés mejor."

"Estoy muy deprimido, Utterson", replicó el doctor con gran tristeza; "muy deprimido. No duraré mucho tiempo, gracias a Dios".

"Pasas demasiado tiempo recluido", dijo el abogado. "Deberías salir, activar la circulación de la sangre, como hacemos Mr. Enfield y yo. (Te presento a mi primo, Mr. Enfield... Dr. Jekyll.) Baja ahora; toma tu sombrero y date una pequeña vuelta con nosotros."

"Eres muy bueno", suspiró Jekyll, "me gustaría mucho; pero no, no, es totalmente imposible; no me atrevo. Pero, francamente, Utterson, estoy encantado de verte; éste es realmente un gran placer. Te pediría a ti y a Mr. Enfield que subiérais, pero la verdad es que el lugar no está como para recibir a nadie".

"¿Por qué, entonces, no nos quedamos aquí y hablamos contigo desde la calle?", dijo el abogado en tono cordial.

"Eso es justamente lo que estaba a punto de proponer", replicó el doctor con una sonrisa. Pero antes de que acabara de pronunciar estas palabras, la sonrisa desapareció de su rostro para dar paso a una expresión de terror y desesperación tan abyecta que heló la sangre en las venas de los dos caballeros. Fue sólo un atisbo lo que vieron, pues la ventana se cerró inmediatamente; pero aquel atisbo había sido suficiente y ambos abandonaron la plazuela sin pronunciar una sola palabra. En silencio también recorrieron la calleja; y sólo cuando llegaron a una arteria importante, en donde incluso en domingo había signos de vida, Mr. Utterson se volvió al fin y miró a su compañero. Los dos estaban pálidos; y había la misma respuesta de horror en los ojos de cada uno.

"¡Que Dios nos asista! ¡Que Dios nos asista!", exclamaba Mr. Utterson. Pero Mr. Enfield sólo acertó a asentir gravemente con la cabeza mientras continuaba andando en silencio.

Sí, hablaba de desaparición; aquí también, como en aquel loco testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor; aquí también aparecía la idea de una desaparición ligada al nombre de Henry Jekyll. Pero en el testamento, esta idea había surgido bajo la siniestra sugerencia del asesino Hyde; su presencia allí obedecía a un propósito perfectamente claro y horrible.

De *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (Cátedra) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

...no caso
...r. Jekyll
...Hyde



cambio apuntaba a la locura; pero, a juzgar por las maneras y las palabras de Lanyon, la razón de ese mal debía ser mucho más profunda.

Una semana más tarde el Dr. Lanyon dejaba de levantarse y en algo menos de una quincena había muerto. En la noche que siguió al funeral, a cuya ceremonia había asistido terriblemente afectado, Utterson se encerró con llave en su despacho y sentado a la melancólica luz de una vela sacó de un cajón y puso ante sí un sobre escrito por la mano de su difunto amigo y lacrado con su sello, cuyo mensaje, enfáticamente subrayado, decía: "PRIVADO: para entregar UNICAMENTE en las propias manos de J.G. Utterson, y si éste hubiera fallecido, *para ser quemado sin leer*".

El abogado se estremecía con sólo pensar en el posible contenido. "Hoy he enterrado a un amigo", pensaba: "¿No irá este documento a hacerme perder al otro?". Pero condenado aquel temor como signo de deslealtad, rompió el sello. Dentro de él había otro sobre, igualmente sellado, en el que se leía: "No abrir hasta la muerte o desaparición del Dr. Henry Jekyll". Utterson no daba crédito a sus ojos. Sí, hablaba de desaparición; aquí también, como en aquel loco testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor; aquí también aparecía la idea de una desaparición ligada al nombre de Henry Jekyll. Pero en el testamento, esta idea había surgido bajo la siniestra sugerencia del asesino Hyde; su presencia allí obedecía a un propósito perfectamente claro y horrible. Pero escrita por la mano de Lanyon, ¿qué significado tenía? Una enorme curiosidad estuvo a punto de hacerle desoír la prohibición y penetrar de una vez hasta el fondo de aquellos misterios; mas el honor profesional y el respeto a su amigo muerto eran obligaciones ineludibles; y el paquete fue depositado intacto en el más profundo rincón de su caja fuerte.

Pero una cosa es reprimir la curiosidad y otra muy distinta vencerla; y cabe preguntarse si a partir de aquel día Utterson buscó con el mismo ahínco la compañía de su amigo superviviente. Pensaba en él con cariño; pero también con una mezcla de intranquilidad y temor. Se acercaba ciertamente a visitarlo; pero quizá se sintiese aliviado cuando se le negaba la entrada, tal vez, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en los escalones de la entrada, rodeado por el aire y los sonidos de la ciudad abierta, a ser admitido en aquella casa de voluntaria reclusión y sentarse a hablar con su inescrutable prisionero. Las noticias que Poole tenía que comunicarle no eran tampoco demasiado buenas. Al parecer, ahora más que nunca el doctor vivía confinado en el despacho que tenía encima del laboratorio, donde a veces incluso dormía; estaba muy deprimido, se había vuelto muy callado y apenas leía; daba la impresión de que algo le corroía el alma. Utterson se habituó de tal modo al invariante carácter de estos informes, que acabó disminuyendo, poco a poco, la frecuencia de sus visitas.

Un domingo, cuando Mr. Utterson daba su habitual paseo con Mr. Enfield, la casualidad los empujó a recorrer la calleja; y al llegar frente a la puerta ambos se detuvieron a mirarla.

"Bueno", dijo Enfield, "al menos aquella historia ha tenido un final. Jamás volveremos a ver a Mr. Hyde".

"Espero que no", contestó Utterson, "¿llegué a decirle que una vez me encontré con él y, al igual que usted, experimenté el mismo sentimiento de repulsión?".

"Era imposible verlo y no experimentarlo", replicó Enfield. "Y, a propósito, ¡qué estúpido debí parecerle cuando no supe reconocer esta puerta como la entrada trasera de la casa del Dr. Jekyll! Usted fue en parte el culpable de que lo tuviese que averiguar por mí mismo."

"Así que por fin lo ha averiguado usted", dijo Utterson. "Pues entonces entremos en la plazoleta y echemos un vistazo a las ventanas. Si he de serle sincero, estoy preocupado por el pobre Jekyll; y tengo la sensación de que, incluso desde la calle, la presencia de un amigo podría reportarle un gran alivio."

La plazoleta, muy fría y algo húmeda, comenzaba a sumergirse en un crepúsculo prematuro, aunque por encima de los edificios el lejano cielo estaba aún iluminado por el sol poniente. De las tres ventanas, la del centro estaba entreabierta, y sentado junto a ella, tomando el aire con una expresión de tristeza infinita, al igual que un desconsolado prisionero, vio Utterson al Dr. Jekyll.

"¡Hola! ¡Jekyll!", gritó. "Espero que estés mejor."

"Estoy muy deprimido, Utterson", replicó el doctor con gran tristeza; "muy deprimido. No duraré mucho tiempo, gracias a Dios".

"Pasas demasiado tiempo recluido", dijo el abogado. "Deberías salir, activar la circulación de la sangre, como hacemos Mr. Enfield y yo. (Te presento a mi primo, Mr. Enfield... Dr. Jekyll.) Baja ahora; toma tu sombrero y date una pequeña vuelta con nosotros."

"Eres muy bueno", suspiró Jekyll, "me gustaría mucho; pero no, no, es totalmente imposible; no me atrevo. Pero, francamente, Utterson, estoy encantado de verte; éste es realmente un gran placer. Te pediría a ti y a Mr. Enfield que subiérais, pero la verdad es que el lugar no está como para recibir a nadie".

"¿Por qué, entonces, no nos quedamos aquí y hablamos contigo desde la calle?", dijo el abogado en tono cordial,

"Eso es justamente lo que estaba a punto de proponer", replicó el doctor con una sonrisa. Pero antes de que acabara de pronunciar estas palabras, la sonrisa desapareció de su rostro para dar paso a una expresión de terror y desesperación tan abyecta que heló la sangre en las venas de los dos caballeros. Fue sólo un atisbo lo que vieron, pues la ventana se cerró inmediatamente; pero aquel atisbo había sido suficiente y ambos abandonaron la plazuela sin pronunciar una sola palabra. En silencio también recorrieron la calleja; y sólo cuando llegaron a una arteria importante, en donde incluso en domingo había signos de vida, Mr. Utterson se volvió al fin y miró a su compañero. Los dos estaban pálidos; y había la misma respuesta de horror en los ojos de cada uno.

"¡Que Dios nos asista! ¡Que Dios nos asista!", exclamaba Mr. Utterson. Pero Mr. Enfield sólo acertó a asentir gravemente con la cabeza mientras continuaba andando en silencio.

De *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (Cátedra) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

con el rumbo equivocado

Desafortunadamente, cierto joven no ha seguido el camino de las buenas costumbres sino el de la criminalidad. Descubra en qué fecha cometió cada delito, quién fue la víctima y quién el testigo que lo incriminó.

1. Esther fue víctima del narcotráfico.
2. Jaime fue testigo del robo, que no fue perpetrado en perjuicio de Vilma.
3. El 8/8/98, Iván presenció cómo Miriam fue víctima de un delito, que no fue chantaje.
4. El homicidio se produjo después que el delito que vio Héctor.
5. Mario fue testigo del delito cometido a Laura el 9/9/98.
6. El 11/11/98, Tadeo presenció un delito.

S.O.S.

	Fecha: 8/8/98	9/9/98	10/10/98	11/11/98	12/12/98	Víctima: Esther	Laura	Miriam	Raquel	Vilma	Testigo: Héctor	Iván	Jaime	Mario	Tadeo
Delito Chantaje															
Homicidio															
Narcotráfico															
Robo															
Violación															
Testigo Héctor															
Iván															
Jaime															
Mario															
Tadeo															
Víctima Esther															
Laura															
Miriam															
Raquel															
Vilma															

Delito	Fecha	Víctima	Testigo
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

cruci - clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

(... EL TERRIBLE) ZAR · RELATIVO A LOS RITOS · VELOZ, DESENVUELTO · DIGNIDAD DEL KAN · (GIOVANNI GIACOMO) AVENTURERO VENECIANO, PROTOTIPO DEL DON JUAN · LOCA, ORATE · ESTADO DE ASIA · MADERO GRUESO · CRIANZA · MUJER DE LOT · HABITAR · ACERTASES · INCAPAZ, INEPTA · (... SMITH) ECONOMISTA · HACER UNA COSA PARECIDA A OTRA · LUCHAR, REÑIR · (... MANFREDI) ACTOR ITALIANO · OCASIONAR BARULLO O BULLA · JURAMENTO · PARTE DE LA PALABRA · REEMPLAZAR, SUPLANTAR · LÍNEAS CENTRALES · AFERRAR CON LAS MANOS · EMITIR SU VOZ LA VACA · CAPITAL DE NORUEGA · RECIPIENTE PARA BEBER · GOLFO DEL MAR ARÁBIGO · VACUNO DE ENTRE UNO Y DOS AÑOS · ELIJO · (VÍCTOR) MÚSICO CHILENO · (GRAND) TORNEO DE TENIS · SEÑAL LUMINOSA QUE AYUDA A LA NAVEGACIÓN O EL TRÁNSITO · PIEDRA, PEÑASCO · CIUDAD DE ARGELIA

crucigrama

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2	■										■
3						■					
4						■					
5		■								■	
6				■				■			
7		■								■	
8					■		■				
9						■					
10	■		■						■		■
11						■					

AYUDAS: IONA, ULUA

HORIZONTALES

1. Mozo, muchacho./ Señal que se hace a alguna fruta por un golpe (pl.).
2. Que vacuna.
3. Hoyo en el camino./ Parte inferior de la espalda, que corresponde a los riñones (pl.).
4. (Arnulfo) Político panameño nacido en 1901, tres veces presidente de su país./ Nombre de mujer.
5. (José Gervasio) Caudillo de la independencia uruguaya.
6. En inglés, "y"./ Licor destilado de la melaza./ Desinencia de las proteínas.
7. El que se encarga de administrar una casa.
8. Soplo, hálito./ Prefijo: dentro.
9. (Mario Vargas) Escritor peruano, autor de "La ciudad y los perros"./ Atrevéis.
10. Refugio.
11. Relata, cuenta./ Que dura un año.

VERTICALES

1. Plantío de bananos.
2. Aovar./ Río de Honduras.
3. Sitio donde se vacía una cosa.
4. Expulsar./ Contraer matrimonio.
5. Pronombre posesivo plural de primera persona./ Medida de sensibilidad de una película.
6. Isla de Escocia.
7. Propenso al mal./ Onda en la superficie del mar.
8. Rinde culto./ Posada, venta.
9. Delega.
10. Planta aroidea./ Diosa.
11. Quitamos.

soluciones

con el rumbo equivocado

Chantaje, 9/9/98, Laura, Mario.
Homicidio, 11/11/98, Vilma, Tadeo.
Narcotráfico, 10/10/98, Esther, Héctor.
Robo, 12/12/98, Raquel, Jaime.
Violación, 8/8/98, Miriam, Iván.

cruci - clip

crucigrama

